

Globalización, homogeneización cultural y cultura nacional

Fernando Aparicio

Catedrático de la Universidad de Panamá

Descriptores: globalización-cultura-ciberspacio-Panamá.

Este artículo explora los conceptos de homogeneización cultural, McDonalización, desterritorialización y ciberespacio en contraposición con el concepto de cultura local con el fin de analizar la cultura globalizada y las formas de resistencia y adaptación que esta genera en los sectores populares y, particularmente, en las etnias subalternas. Situándose en el caso panameño analiza la interacción entre los grupos étnicos y la lucrativa empresa del turismo para mostrar no solo las limitadas ventajas económicas que esta les ofrece sino también los efectos culturales que genera la “puesta en escena” de las culturas autóctonas para satisfacer la mirada colonial del turista.

“Globalization, Cultural Standardization and National Culture”

Exploration of the concepts of cultural standardization, McDonaldization, desterritorialization and cyberspace in contrast to the concept of local culture. The purpose of the article is to analyze the global culture and the various forms of resistance and adaptation it creates among the popular sectors, especially among secondary ethnos. By focusing in the case of Panama, the author analyzes the interaction that takes place between ethnic groups and the profitable

tourism industry not only to expose the limited economic advantages this minority obtains but also the cultural effects derived from "staging" autochthonous cultures for the satisfaction of the colonial view of visiting tourists.

Introducción

El análisis del impacto cultural de la globalización desde una sociedad tan abierta y expuesta al influjo externo como Panamá plantea la dificultad de percibir la cuestión como un problema. En realidad, desde el período colonial, el "transitismo" característico de nuestra economía ha condicionado la formación de cierto carácter nacional cosmopolita. La construcción del canal y el surgimiento de la Zona del Canal, donde se reprodujo el "estilo de vida americano" —the American Way of Life— ejercieron un enorme efecto de demostración sobre la población panameña, ya que nos fueron acostumbrando a los usos y costumbres de la sociedad estadounidense. Por si fuera poco, la invasión de los Estados Unidos de América a Panamá, el 20 de diciembre de 1989, reforzó su influencia, la cual aún se percibe, a pesar del traspaso a manos panameñas del canal interoceánico y de la Zona del Canal el 31 de diciembre de 1999.

La globalización generalmente se ha percibido como un fenómeno de naturaleza fundamentalmente económica, que ha incidido en los procesos de liberalización y apertura económica, así como en los empeños por acelerar la integración de mercados a través de acuerdos comerciales. Sin embargo, esta perspectiva deja de lado su impacto sobre la gente, sobre los pueblos.

La tendencia "globalizadora" no solo está integrando mercados, sino también gente. Con ello, está promoviendo un proceso de "homogeneización cultural", por el cual se están uniformando, a través de los medios de comunicación de masas y la creciente influencia mediática del ciberespacio, estilos de vida, reflejados en el vestido, la dieta, el entretenimiento.

Su impacto se observa en los cambios que han experimentado las diversas expresiones de la cultura nacional en los pueblos de la región (artesanías, música, tradiciones, etc.), las cuales se han venido abandonando, transformando o mercantilizando en respuesta a las demandas del mercado.

Incluso los pueblos originarios, urgidos por encontrar nuevas fuentes de ingreso frente al agotamiento de los recursos tradicionales y la presión del mercado producida por la liberalización de la economía, se han visto forzados a enfrentar los retos de esta mundialización, incursionando en la explotación turística de la biodiversidad de sus territorios y la riqueza cultural de sus tradiciones.

Todo esto nos lleva a reflexionar sobre el carácter homogenizador de la globalización, la presión que esta ejerce sobre las culturas locales y las respuestas de los pueblos y comunidades ante este influjo, en las cuales están demostrando una gran capacidad de adaptación, apropiación y reconstrucción.

Homogeneización cultural y "McDonalización"

Junto a la transnacionalización de los procesos productivos y la integración de los mercados internacionales, que caracterizan el actual modelo neoliberal de la globalización, encontramos que las innovaciones tecnológicas han generado un proceso de expansión de los sistemas de televisión por cable y satélite que, aunados al avance acelerado de la Internet, han venido creando un espacio cultural de carácter mundial, en el cual se comparten imágenes, sonidos y símbolos.

Las expresiones de este proceso se observan por doquier. La todopoderosa CNN nos mantiene "informados" de los acontecimientos relevantes –según quienes la manejan– que ocurren en cualquier parte del mundo; la omnipresente ESPN mantiene a aficionados al fútbol, béisbol y otros deportes atentos a los resultados de los partidos y torneos que se escenifican lejos del hogar del televidente. Lo mismo ocurre en el mundo del cine y la televisión, la música y la moda. Cada vez más personas ubicadas en los más recónditos puntos del planeta van compartiendo y consumiendo estos productos culturales, integrándolos a su vida cotidiana.

Esto es lo que algunos autores han denominada "homogeneización cultural" y es lo que alimenta el temor de muchos intelectuales y activistas de que, si esto continúa así, si no hacemos algo, pronto se completará el proceso de imposición de la cultura occidental, especialmente la estadounidense, en detrimento de las expresiones de las culturas locales, regionales o nacionales.

Y es que, ciertamente, la globalización tiene una gran capacidad para uniformar los modos de pensar y hacer. El ritmo acelerado de la vida contemporánea, la introducción de la robótica y la informática para hacer más eficientes los procesos productivos, la integración de los sistemas financieros y las bolsas de valores, tienen a la economía mundial funcionando vertiginosamente las 24 horas del día. Esto ha llevado a que los regímenes laborales se extiendan, reduciéndose el tiempo de descanso y esparcimiento. Asimismo, los medios para proveer a la población de alimento, vestido, vivienda, salud, sexo, etc., se han venido estandarizando, para satisfacer estas necesidades de forma rápida y eficiente. Esta racionalización de la vida cotidiana es lo que George Ritzer llama la *McDonalización de la sociedad*.

En el plano cultural, quizás el medio más efectivo para lograr esta uniformidad de gustos, opiniones y criterios sea la televisión, especialmente la televisión por cable y satélite, aunque las televisoras nacionales no están exentas de esta influencia de productos e imágenes procedentes del extranjero. Con ambos padres trabajando fuera del hogar, las televisiones se han convertido en las grandes tutoras de nuestros hijos, moldeando sus mentes según los criterios de quienes manejan los "ratings", las audiencias, más interesados en mantener un gran número de televidentes que en presentar programas educativos o promover valores edificantes.

¿Qué podemos hacer ante este enorme influjo? Los estados nacionales han prácticamente dejado de intervenir en el contenido de los programas televisivos nacionales, y es casi nula su influencia sobre los canales de cable. La compra de las televisoras nacionales por cadenas extranjeras o sus "alianzas estratégicas" con aquellas, llenan nuestras casas de enlatados y eventos de todo tipo producidos fuera del país. Frente a esto, pareciera que nuestra única forma de escapar sería adoptando el improbable "ayuno televisivo" recomendado por José Martín Brocos Fernández (2005).

Pero en el plano cultural, hay otro terreno en el cual la globalización se está extendiendo con fuerza en nuestro continente, al amparo de los acuerdos con la Organización Mundial de Comercio y los procesos de integración que se están produciendo a través de los tratados de libre comercio. Entre ellos, el que los Estados Unidos de América firmara recientemente con Centro América y el que negocia con Panamá. Me refiero al tema de la educación en general y al de la educación superior en particular.

Hasta hace poco, la educación tenía el carácter de servicio de interés social, de interés público. El Estado podía concesionarla a agentes particulares a condición de que se prestara de acuerdo con las normas que el propio Estado dictaba y, además, podía retirar la concesión cuando estas normas no se cumplieran. Pero hoy se le está dando el carácter de mercancía, con todas las ventajas y desventajas de serlo, y con ello la capacidad de regulación sobre este servicio es muy limitada. La UNESCO impulsa con toda su fuerza esta "McDonalización de la educación", o sea la exportación de establecimientos educativos de un país a otro, o la apertura de centros educativos en todos los niveles por inversionistas nacionales o foráneos, más preocupados por el afán de lucro que por la promoción de los valores morales, los intereses nacionales y la formación integral de los ciudadanos.

Cultura global: el asalto a las culturas locales

Estos procesos de homogeneización cultural han llevado a gestar lo que algunos autores denominan "cultura global", que aspiraría a ser una cultura única, absoluta, universal, hegemónica. María José Fariñas Dulce propone que habría que comprender por "cultura global" a aquella que, "ilegitimamente intenta hablar en nombre de toda la humanidad, traspasando los límites de su propia legitimidad y de su propio contexto real de referencia, e imponiendo sus propios y unilaterales fundamentos éticos y estéticos, como mecanismos de homogeneidad y de dominación cultural" (2003).

Es decir, la "cultura global", así entendida, difundiría y terminaría imponiendo en escala mundial su particular interpretación de la realidad como mecanismo de control y cohesión social, y como medio de dominación. Citando a

Giulio Girardi, Fariñas Dulce resalta el aspecto político y las pretensiones imperialistas de esta globalización cultural, al considerarla “el aspecto más profundo de la dominación, porque penetra en la vida íntima de los espíritus, destruyendo su originalidad e identidad”, atentando directamente contra el derecho a la identidad propia de las otras personas y pueblos.

Esto es así debido a que, como señala Néstor García Canclini, la globalización no solo homogeneiza e integra a las culturas; también genera procesos de estratificación, segregación y exclusión, pues determinadas expresiones y valores culturales –los “occidentales”– son considerados como válidos, en tanto que los otros son vistos como “barbarismos”, cosas del pasado (2000).

En el caso de Panamá, y tal vez sea lo mismo en el resto de la región centroamericana, se ha profundizado la influencia cultural de la globalización, al compás del avance, aparentemente indetenible, de las políticas neoliberales. Así, en lugar de la cooperación y la solidaridad, el discurso oficial y la propaganda de los medios exaltan el individualismo y el éxito personal, representado por la acumulación de capital o el exhibicionismo consumista. En este ambiente caracterizado por la competitividad –a veces entre las mismas instituciones de educación superior e, incluso, entre sus unidades académicas y administrativas impulsadas por el afán de maximizar la “autogestión”–, las políticas educativas hacen énfasis en la promoción del “espíritu empresarial”, dejando de lado las viejas premisas referentes al compromiso social o la conciencia nacional.

Con este triunfo de la mentalidad capitalista, en la cual se habla de que estamos en caminos de construir la “ciudadanía universal”, los países son vistos simplemente como un conjunto de “mercados”, con posibles “compradores”. Esta visión unificadora del mundo, que tiende a borrar las barreras nacionales en nombre del “libre comercio”, se olvida de que no solo estamos integrando a mercados, sino a gentes, a pueblos, a personas, con personalidades históricas, tradiciones, costumbres y creencias diferentes. Es allí en donde se están generando fuertes tensiones entre este modelo, hegemónico y homogeneizador, y los esfuerzos por construir sociedades abiertas a experiencias divergentes y heterogéneas.

Frente a esa “ciudadanía universal”, abstracta, desigual, hegemónica, los pueblos y comunidades reivindican su derecho a disfrutar de su “ciudadanía local”. Es decir, por doquier se plantea la necesidad de construir espacios para preservar y reproducir las identidades sociales históricamente conformadas, las culturas locales. Pero, ¿son viables estos esfuerzos? Es decir, ¿son históricamente posibles y convenientes?

Para Anthony Giddens, la globalización es un proceso irreversible, por lo cual las identidades locales deberán redefinirse en su amalgamamiento con las influencias externas. Esto se comprende si reconocemos que nuestra noción tradicional del tiempo se ha desdibujado al tener en cuenta que con la informática se habla ya de la distinción entre tiempo “virtual” y tiempo “real”. Lo mismo sucede

con la noción de espacio, en tanto que el ciberespacio se ha constituido en una comunidad que enlaza a individuos y corporaciones, independientemente del "espacio real" que ocupen.

Esta "virtualidad" de la realidad cuestiona la vieja noción que definía con claridad la cultura nacional y local a partir de fronteras geográficas claramente definidas y reconocidas. Hoy, ciertas formas culturales, occidentales en general y, para el caso nuestro, estadounidenses en particular, se desterritorializan o, como sugiere Giddens, se "reterritorializan" al mezclarse con nuevas formas de construir comunidades. Esto es lo que él llama "desenclave", el cual entiende como "el proceso por el que las relaciones sociales se erradican de sus circunstancias sociales y recombinan a lo largo de extensiones indefinidas de espacio y tiempo".

Este proceso de "desterritorializar" ciertas formas culturales ha tenido éxitos variados. Ciertamente, en los años 1990, Michael Jordan era el deportista más famoso del mundo y su camiseta número 23 era vestida por jóvenes en las canchas de baloncesto de El Chorrillo y Río Abajo en Panamá, así como en las calles de San José de Costa Rica, Santiago de Chile y Sydney, Australia. La ciudad de Panamá está llena de McDonalds y otros restaurantes de comida rápida, al igual que las ciudades de puntos tan distantes como la Federación Rusa o China. En Panamá se ha adoptado una política educativa dirigida a que, dentro de una década, todos los jóvenes egresados del sistema educativo, sepan hablar inglés y tengan conocimientos básicos de informática; con ello se une a otra pléyade de naciones que están siguiendo el mismo sendero.

Las reacciones antiglobalización: la reafirmación de lo local

Todo ello pareciera estar indicando el triunfo de la globalización cultural y la construcción de la "Aldea global". Sin embargo, hay que observar con cuidado, detalladamente, pues una observación superficial nos llevaría al error, al engaño. Esos jóvenes que admiraban los malabarismos atléticos y el espíritu luchador de aquel mítico jugador de baloncesto afroamericano, no absorbieron por ósmosis la cultura estadounidense ni renunciaron a deportes tan latinos como el fútbol, que sigue siendo el rey. Si bien comer en el McDonalds tiene algún atractivo para los niños y responde a la urgencia del tiempo para otros, lo cierto es que nuestras comidas tradicionales siguen imponiéndose, al punto que en algunos países ya los McDonalds han tenido que aceptar su falibilidad y están incorporando en su menú comidas y postres tradicionales. Muchos en la región hemos aprendido a hablar inglés, algunos incluso en los propios Estados Unidos de América, y por eso no hemos dejado de amar y apreciar lo nuestro. Quizás lo apreciemos más debido a esta experiencia. Por ello, no debemos pensar que por tan solo aprender inglés nuestros jóvenes se nos van a "desterritorializar" o "virtualizar".

Es decir, que sin negar la fortaleza y el peligro de las tendencias homogeneizadoras, lo cierto es que las comunidades locales y nacionales, en lugar

de adoptar los nuevos modelos y abandonar sus elementos propios, lo que han hecho es adaptar o integrar algunos elementos de esa nueva cultura, pero reafirmando los rasgos distintivos que los identifican. En algunos casos, incluso se han dado casos de fortalecimientos de los regionalismos y nacionalismos, como reacción a estas tendencias.

Por ejemplo, en los últimos diez años, la música panameña ha generado dos ejemplos que parecen disímiles, pero que responden a esta reacción. Frente a la influencia del rap norteamericano, se ha producido un auge significativo de cantantes de reggae nacionales, que, de Renato al General, cantan en español y componen temas propios, que responden a su experiencia en las áreas marginales de la región urbana. La música típica, producida por campesinos e hijos de campesinos que emigraron a las ciudades, con "Los Plumas Negras" de Victorio Vergara y "Los Patrones de la Cumbia" de los hermanos Sammy y Sandra Sandoval, aceleró su compás, introdujo nuevos instrumentos y hoy es bailada por jóvenes de la ciudad y del campo, disfrutando de una popularidad nunca antes vista.

Quizás sea oportuno recordar aquí que las culturas no permanecen estáticas e inmóviles. Por el contrario, están sujetas continuamente a procesos de transformación y renovación, ya sea por factores endógenos o exógenos. Los cambios políticos, las innovaciones tecnológicas, los ritmos económicos, las tendencias demográficas, la influencia de los medios, son tan solo algunos de los múltiples factores que inciden en dicho cambios.

En ocasiones, tenemos corrientes tradicionalistas que logran reafirmar normas, valores y patrones tradicionales. En Panamá, por ejemplo, a través de un estilo más carismático, el uso de un canal televisivo -FETV, Canal 5- y una emisora de radio -Radio María- la iglesia católica ha lanzado una ofensiva orientada a enfrentar la creciente influencia de las iglesias evangélicas y rescatar algunas tradiciones que habían prácticamente caído en desuso, como el rosario o el culto a María.

En nuestros tiempos son más comunes, sin embargo, las corrientes innovadoras que tratan de infundir cambios en la actitud y conducta de los panameños, con el propósito de redefinir o actualizar ciertos valores. En el sentido positivo podría señalar la conciencia ecologista que, a partir de la creación de la Fundación ANCÓN, en 1985, ha venido creciendo en nuestro medio, correspondiendo con corrientes similares en el ámbito global. Lo mismo puede decirse de la crítica a la sociedad patriarcal y las actitudes machistas hacia las mujeres, los jóvenes y los homosexuales, que han venido variando lentamente, respondiendo a la influencia de movimientos sociales y políticos mundiales.

En el lado negativo, se observa una menor beligerancia del movimiento estudiantil que, desde mediados de 1940, había sido el portador de las banderas de lucha nacionalistas y antiimperialistas. Lo mismo puede decirse de la actitud militante de los otrora significativos sindicatos obreros, con honrosas excepciones.

En el campo es difícil encontrar alguna organización popular que reivindique el derecho a la tierra.

Pero incluso este panorama no es del todo desalentador. Si bien las organizaciones políticas tradicionales parecieran estar en crisis, nuevas formas de expresión y asociación han surgido, justamente ante el avance de las modalidades de la globalización. La firma del TLC con los Estados Unidos ha llevado a los sectores productores del campo y la ciudad, así como a los profesionales y estudiantes, a movilizarse y protestar por su contenido desnacionalizador.

Las pretensiones de construir un tercer juego de esclusas en el Canal de Panamá, para lo cual habría que ampliar su cuenca hidrográfica, han producido la movilización de los campesinos que serían desplazados de sus tierras, así como la de un sector significativo de la ciudadanía preocupado por los enormes compromisos financieros que tendría que asumir la sociedad panameña para beneficiar a las corporaciones navieras internacionales y atender a los intereses estratégico-militares de nuestro socio norteamericano. Los proyectos de reforma del sistema de seguridad social, dirigidos a acabar con el principio de "solidaridad" y mercantilizar la atención de salud, tienen, en estos momentos, en alerta a amplios sectores de la población. Nuevos movimientos sociales y nuevas solidaridades se están forjando.

Pero estas reacciones, apenas tibias y embrionarias en un país acostumbrado al contacto con el extranjero y a la influencia cultural estadounidense, son mucho más dramáticas en otros lares.

Pedro Fernández Liria nos recuerda que, para el liberalismo de inspiración ilustrada, las culturas locales y los nacionalismos son "oscuros prejuicios tribales". Por ello, no es de extrañar que: "toda reivindicación cultural, nacional o religiosa esgrimida contra las fuerzas homogeneizadoras movilizadas por la economía capitalista ha sido puntualmente descalificada por dicha ideología como anacrónica. En una sociedad que no nos necesita ni nos reclama más que en tanto que "fuerza de trabajo" y "mercado", la religión, la nación e incluso la familia (si entendemos por ella algo más que su raquílica expresión occidental), no pueden aparecer más que como tozudas supervivencias del pasado llamadas a desaparecer"¹ (P. Fernández Liria, 2004).

Así, pareciera que el pretendido "universalismo cultural" está llevando a fortalecer a los particularismos, como especie de antídoto contra lo homogéneo. La omnipresencia de los medios de comunicación y la proliferación de los espacios

1 Continúa señalando que: "Asistimos al desconcertante espectáculo de unos pueblos que, en medio de una economía globalizada, transnacional y sin fronteras, se empeñan obstinadamente en ser vascos, kurdos, palestinos, chiitas, serbios, musulmanes, católicos, gitanos... Para perplejidad de los que se hallan comprometidos en la defensa de los Derechos del Hombre, "da la impresión de que ya nadie tiene ganas de ser simplemente hombre", de que ya nadie quiere ser tan solo un ser humano. Precisamente en el momento en que el mundo se ha convertido en uno solo, parece que nadie tiene la menor intención de ser su ciudadano, y cada uno opta por su barrio, su clan, su tribu, su pueblo o su nación" (Fernández Liria, 2004).

virtuales, ligados a la acelerada mercantilización de todo lo que el neoliberalismo encuentra a su paso, son contestados por “una exacerbación de la xenofobia, del patriotismo y del sentido de la tierra”.

Globalización, etno-turismo y desarrollo sostenible

Una de las formas en que la globalización se expresa en los momentos actuales es el turismo, por el cual se promueve la visita a lugares “exóticos”, en los cuales los visitantes obtengan la oportunidad de disfrutar de experiencias “únicas”.

Para las comunidades receptoras, este movimiento humano se presenta como una gran oportunidad de obtener divisas, debido al carácter multiplicador del dinero gastado por los turistas en hospedaje, alimentación, bienes y servicios.

En el caso de Panamá, en los últimos años se ha venido considerando al turismo como un elemento fundamental en la política de desarrollo. Especial interés se le ha brindado al turismo histórico-cultural, en razón de los restos arqueológicos precolombinos, los complejos monumentales coloniales y las expresiones arquitectónicas decimonónicas que se encuentran en la región metropolitana. Pero, además, hay otro elemento que nuestro país ofrece en este campo: su diversidad étnica y la presencia de siete grupos indígenas que preservan muchas de sus costumbres y tradiciones.

En esta ocasión deseo llamar la atención sobre la experiencia del “etno-turismo” promocionado por dos de nuestros pueblos originarios, los Kunas o Dules y por los Chocoes o Emberás. Estos grupos se han organizado para atraer turistas a sus territorios comarcales –en los cuales disfrutaban de ciertos márgenes de autonomía y autogobierno, ofreciendo ellos mismos los servicios y atenciones requeridos para mostrarles su cultura “autóctona”, su estilo de vida, apegado a un sistema de valores y a un conjunto de costumbres muy particulares. Este particularismo, la experiencia a convivir con estos pueblo en estado “primitivo” y “salvaje”, es lo que le da sentido a la visita de los turistas.

Los primeros, establecidos en Kuna Yala (antes conocida como Comarca de San Blas), tienen una larga tradición turística, controlan los aeropuertos de acceso a las islas que habitan y administran la mayoría de los sitios en los cuales hospedan a los visitantes, como en Río Sidra o Narganá. Los segundos, establecidos en la pequeña comunidad de Emberá Drua, ubicada dentro del Parque Nacional de Chagres, transportan a los turistas por el río hasta su pueblo, donde reproducen para ellos su estilo de vida tradicional.

Sin embargo, no hay estudios serios sobre el impacto ecológico o cultural de esta actividad, especialmente del segundo. Por ello algunas voces ya denuncian que al poner a las comunidades y a sus habitantes en contacto con elementos externos se acelera el proceso de aculturación o de cambio cultural. Al joven

sociólogo panameño, José Checa, le preocupa particularmente el caso de Emberá Drua, donde se ha llegado al punto de la dramatización, de la puesta en escena de una representación bien planificada. Así, ante los visitantes, los residentes se visten y se comportan como se acostumbraba en las aldeas tradicionales, pero una vez estos se retiran, pasan a usar indumentarias occidentales e instrumentos y aparatos modernos.

Aquí lo que se cuestiona es el impacto negativo del turismo sobre expresiones fundamentales de la cultura nacional y local. Después de todo, recuérdese la afirmación anterior de que para el neoliberalismo las culturas tradicionales son fenómenos bárbaros, en proceso de extinción. Pero pareciera ser que la única forma de supervivencia que se les reserva a las culturas "originarias" en la sociedad globalizada es la de exotismo, la del objeto de consumo turístico.

Sin embargo, este no es un asunto fácil de decidir. Los indígenas panameños, como los del resto de nuestra América, son pobres. Sus actividades económicas tradicionales difícilmente les permiten sostenerse o progresar. Las oportunidades de ingreso que ofrece el turismo, entonces, no pueden ser simplemente desechadas.

Tal vez la clave para resolver esta cuestión sea el grado de control que las comunidades tengan en la toma de decisiones referente a la explotación del turismo que ofrecen. Alfredo Ascanio, en su artículo "Turismo: la reestructuración cultural", sugiere que "en el modelo de desarrollo se coloque a las comunidades en el centro de la planificación y gestión". Es decir, que es vital la participación de las comunidades en el proceso de toma de decisiones relativas a la promoción y desarrollo del turismo en sus áreas de residencia, tal y como lo hacen los Kunas y Emberás en los ejemplos que acabo de mencionar (2003, pp. 33-38).

Este es el mismo criterio que se esboza en experiencias similares en otros países de la región. Por ejemplo, José Segovia, en su ponencia "Turismo indígena en Chile", sostiene que, en "definitiva, las comunidades indígenas son las que deben evaluar si abren sus espacios al desarrollo turístico, qué es lo que pueden mostrar y qué es lo que se debe reservar...".

Sin embargo, debe entenderse que el turismo es un negocio en gran escala manejado por empresas transnacionales. Así, en Panamá, como en los demás países de la región, más de dos tercios de los ingresos del turismo internacional nunca llegan a la economía local debido a la gran fuga de dividendos y a los mecanismos de control y aprovechamiento de esta actividad por parte del gran capital.

Habría que esperar que con la entrada en vigencia del Tratado de Libre Comercio de Panamá con los EE. UU. la situación habrá de empeorar. La actual capacidad de resistencia de Kunas y Emberas para rechazar los esfuerzos de inversionistas privados por incursionar en sus territorios se verá minada debido a la exigencia de corporaciones extranjeras de tener "igualdad de oportunidades" para invertir en el turismo en estas áreas. Si el etno-turismo es percibido como una actividad rentable, los operadores de turismo podrían exigir la aplicación

del principio de "libre competencia" para incursionar en las comarcas indígenas para establecerse en comunidades ya existentes o en crear poblados en los cuales recrear, en medio de circunstancias más cómodas y de "calidad total", las costumbres y tradiciones de nuestros pueblos, al estilo de las reproducciones del "Duelo en el O.K. Corral", que aún se escenifican en Tombstone, Arizona.

Conclusiones

Más que llegar a conclusiones definitivas, mi intervención ha estado orientada a expresar reflexiones que me han estado preocupando y ante las cuales no encuentro una respuesta definitiva.

Por un lado, provengo de una de las sociedades más abiertas de la región, la cual fue incorporada al proceso de internacionalización de las relaciones capitalistas de producción y a la cultura europea desde hace más de quinientos años, y que jugó un papel clave para la economía mundial a lo largo del período colonial. En el siglo XIX, los empeños por modernizar la ruta a través de la construcción de un ferrocarril y de un canal interoceánico acentuaron el cosmopolitismo de la región de tránsito. La construcción del canal por los Estados Unidos de América y su permanencia en nuestro territorio hasta 1999 reforzaron aún más esta integración, a la vez que nos expuso directamente a la influencia cultural de su estilo de vida y valores.

Es decir, antes de que la globalización se pusiera de moda, Panamá ya estaba bastante globalizada. Sin embargo, incluso en nuestro medio, es evidente que estamos ante un proceso nuevo, más amplio, dinámico y multifacético.

Por ello, el estudio y debate en torno a la cuestión de la homogenización cultural vs la heterogeneidad, de la aldea global vs las culturas globales, de los impactos positivos y negativos de la cultura global, así como la incidencia de la globalización y el turismo en las comunidades indígenas panameñas llaman mi atención.

De momento, considero que el caso del etno-turismo en Panamá ilustra las posibilidades y los riesgos implícitos en los procesos de globalización. Los grupos indígenas se aproximan a él en busca de recursos económicos, como una forma de integrarse al mercado. Sin embargo, para ello deben convertir en mercancía su cultura, es decir, sus tradiciones, sus costumbres, su identidad. A cambio de las posibilidades de alcanzar el ansiado "desarrollo sostenible" arriesgan su estilo de vida, su existencia, tal y como la conocen.

Pero en el fondo, son otros los que se llevan la "tajada del león" en este negocio. En el caso panameño, por ahora, las agencias de viaje, aerolíneas, hoteles y restaurantes en la capital reciben más dinero que lo que el turista gasta en las comunidades. Con la entrada en vigencia del TLC, probablemente los operadores de turismo aumenten las presiones que en la actualidad ejercen para poder explotar el

turismo en estas áreas, directamente, sin la ingerencia y control que en la actualidad ejercen los pueblos indígenas de Kuna Yala y Emberá Drua.

Esto nos lleva a cuestionar seriamente la creencia de que la globalización y la liberalización del turismo producen riqueza y progreso social y preservan el ambiente y la cultura local. Es obvio que sin el debido control y participación de las comunidades, no existen posibilidades de un desarrollo sustentable del etno-turismo.

BIBLIOGRAFÍA

- Ascanio, Alfredo. (2003). Turismo: La reestructuración cultural, en *Pasos I* (1). Consultar en: <http://www.pasosonline.org/Publicados/1103/PS030103.pdf>
- Barman, Zygmunt. (1999). *La globalización. Consecuencias humanas*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Brocos Fernández, José Martín. (2005). Influencia de la Mcdonalización televisiva en el desarrollo del niño. Propuestas educativas, en *Revista Arbil* (Zaragoza, España), N° 90. Consultar en la siguiente dirección: <http://www.arbil.org/90broc.htm>
- Fariñas Dulce, María José. Las asimetrías de la globalización y los movimientos de resistencia global. Consultar en la siguiente dirección: <http://www.iespana.es/convocadosCCPAs-tEnc2003/Encuentros04/asimetriasglobal.htm>
- Fernández Liria, Pedro. (Enero-junio 2004). La fatal emancipación: sobre la crisis de la diferencia en las sociedades capitalistas, en *Nómadas* (Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas / Universidad Complutense de Madrid), N° 9. Consultar en la siguiente dirección: <http://www.ucm.es/info/nomadas/9/pfliria.htm>
- García Canclini, N. (2000). "La globalización, ¿productora de culturas híbridas?", Conferencia inaugural del III Congreso Latinoamericano de la Asociación Internacional para el Estudio de la Música Popular, celebrado en Bogotá, Colombia, en el año 2000. Consultar en: <http://www.hist.puc.cl/historia/iaspm/pdf/Garciacancelini.pdf>
- Ritzer, G. (2002). *McDonaldization: the reader*. Thousand Oaks. Calif., Pine Forge Press.
- Segovia, José. (2000). Turismo indígena en Chile. Ponencia enviada al evento "Experiencias y perspectivas del etnoturismo en el desarrollo integral de los pueblos indígenas de Chile", realizado el 6 y 7 de julio en Arica y el 13 y 14 en Temuco. Consultar en: <http://www.encuentroindigena.cl/ensayos/etnotur.htm>

